

UNAMUNO, RUBEN DARIO Y EL MODERNISMO

LA CRÍTICA DE UNAMUNO AL MOVIMIENTO MODERNISTA

Unamuno como crítico

Unamuno nunca visitó América, aunque estuvo a punto de hacerlo más de una vez¹, pero se mantuvo siempre bien informado, mediante la gran cantidad de libros americanos que leía, los periódicos que habitualmente recibía y el abundante intercambio de correspondencia que mantenía².

Como componente de la generación del 98, buscaba la «esencia de lo español» y, por tanto, deseaba conocer cuál era la herencia de la obra española en América. También pretendía ejercer una tutela para que no se repitieran allí los errores que España había cometido a lo largo de su historia y su literatura. Otra de las causas de su interés era su preocupación por las posibilidades e imposibilidades de la lengua española, pues sabía que América tenía que «(...) hacerse su lengua (...) sobre el núcleo del viejo castellano (...)»³.

Su crítica a la literatura hispanoamericana empezó en el año 1894 con un artículo dedicado a «El gaucho Martín Fierro», y en 1899 abrió sus colaboraciones para *La Nación*, de Buenos Aires, con un artículo dedicado a la literatura hispanoamericana, pero el período en que fueron especialmente abundantes sus críticas fue el que va desde 1901 a 1906⁴. En esta época tuvo en la revista *La Lectura* una sección fija, titulada «De Literatura Hispanoamericana». Hasta 1912 continuaron siendo abundantes sus reseñas de libros hispanoamericanos, pero de 1912 a 1924 disminuyeron bastante y, desde este año hasta el de su muerte, apenas hizo ninguna. Aunque en varias ocasiones dijo que iba a escribir un libro sobre literatura hispanoamericana, nunca llegó a hacerlo⁵, por lo que sus críticas debemos bus-

¹ En 1910, 1916 y 1922. UNAMUNO, Miguel de: *Obras completas*, Ed. Afrodisio Aguado, 1951, vol. 8, p. 13.

² Recibía habitualmente once periódicos y revistas, y mantenía correspondencia con un total de 384 hispanoamericanos, repartidos en 15 naciones.

³ *Ibid.*, vol. 8, p. 80.

⁴ Salvo un pequeño descanso que se tomó en 1903.

⁵ *Ibid.*, vol. 4, p. 755.

carlas en sus artículos periodísticos, en sus ensayos, en sus cartas o en menciones esporádicas que aparecen en el resto de su obra.

Para poder entender los postulados críticos, tan personales, que Unamuno esgrime frente al modernismo, hace falta conocer, previamente, su opinión sobre la crítica y algunas otras características de su personalidad. Unamuno despreciaba la crítica como oficio y varias veces escribió acerca de ello. En un artículo publicado en 1900, titulado «Crítico? ... Nunca!», dice, entre otras cosas: «Crítico? Crítico yo? Vade retro, Satanás»⁶.

También consideraba don Miguel que el oficio de crítico hace daño al que lo ejerce y además pensaba que él no tenía cualidades para ello: «(...) ya que el serlo exige no sólo dotes de inteligencia, cultura y gusto, sino además prendas de carácter, de que carezco. Ante todo, cierta imperturbabilidad y hasta dureza de corazón, si se ha de ser sincero siempre»⁷. Conociendo estas opiniones es difícil entender por qué hizo de crítico literario, aunque ahondando un poco en la complicada personalidad unamuniana pronto se descubre su afán moralizador⁸. Pensaba que con su crítica podía ayudar a cada uno de sus criticados para que encontrara lo que él entendía por poesía, o que, por lo menos, podía ayudar a una literatura que estaba naciendo, alcanzando su independencia de España. Por eso, en un principio, la posición de Unamuno ante el modernismo fue de espera, para ver en qué paraba aquello, pues veía a este movimiento como una búsqueda de un camino⁹. Pero «a medida que el modernismo vaya cobrando fuerza y perfil, la actitud unamuniana irá adquiriendo dureza», y, al contrario, cuando llegue la decadencia de este movimiento dejará de prestarle atención¹⁰.

La crítica de Unamuno se sale de la lógica habitual y es tan personal que, por ejemplo, en el prólogo que escribió para la obra *Los poemas de la serenidad*, de Ernesto A. Guzmán, dedica más del 90 por 100 a sus pensamientos, sin relación directa con la obra, y el resto a otros pensamientos suyos, ya un poco relacionados con ella.

Lo que Unamuno hace la mayoría de las veces cuando critica es proyectar su personalidad sobre la del criticado. Guillermo de Torre abunda en esta idea: «No procuraba introducirse en la personalidad de los autores que interpretaba. Al contrario, trataba de introducir en ellos su yo, su inalienable fondo anímico. Inclusive, cegándose en ocasiones, quería convertir las diferencias en identidades aún más allá de toda posible lasticidad

⁶ *Ibid.*, vol. 10, p. 83.

⁷ *Ibid.*, vol. 8, p. 200.

⁸ ABELLÁN, José Luis: *Sociología del 98*, Ed. Península, Barcelona, 1973, p. 171.

⁹ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 5, p. 591. Incluso llega a censurar —en 1899— a quienes lo critican. *Ibid.*, vol. 5, p. 588.

¹⁰ DÍAZ-PLAJA, Guillermo: *Unamuno, antimodernista*, «Insula», núm. 216-217, p. 22, y CAMPOS, Jorge: *América y Unamuno*, «Insula», núm. 216-217, p. 21.

dialéctica»¹¹. Guillermo de Torre utiliza el verbo «unamunizar» para explicar este modo tan personal de crítica. Si Unamuno no se siente afín con el criticado, suele subrayar las diferencias que éste tiene con él. Comentando a Chocano dice: «Es que ante este hombre de otro temple, de otra visión, de otro mundo, de otra vida, tal vez, siento la necesidad de afirmarme en mi temple, de recogerme en la visión de mi mundo, de vivir mi vida. Y tal es el mayor triunfo que sobre mí puede haber logrado»¹².

Otro aspecto de la personalidad de Unamuno que hay que resaltar es el de sus fobias¹³. Particular interés, para nuestro trabajo, tiene su misogalicismo. En una de sus cartas a Rubén Darío, dice: «Algún día explicaré mi hostilidad, hija de temperamento, hacia lo francés (...)»¹⁴.

Por último, diremos que Unamuno ve a la mujer fundamentalmente como madre. Esto, unido a su «ascetismo»¹⁵, le impedía entender lo erótico. En su prólogo al libro *Poesías*, de José Asunción Silva, dice: «Silva, en sus versos al menos no se nos aparece un sensual, mucho menos un carnal. Es en ellos casto, castísimo. No hay rastro en él de esa peste de la carnalidad que no sólo mancha, sino arramplona y vulgariza las poesías de tantos de los que le han seguido»¹⁶.

Actitud de Unamuno frente al modernismo

Como ya dijimos, el primer contacto crítico con la literatura hispanoamericana lo tuvo a través de la literatura gauchesca. La atracción de Unamuno hacia la poesía gauchesca estaba basada en las siguientes consideraciones: su estética, su espontaneidad, su inspiración popular, su humanismo, y, además, emocionalmente, él podía establecer una semejanza entre el espíritu del gaucho y el más puro casticismo español¹⁷. Resumiendo, esta poesía tiene casticismo americano, elemento que le faltaba a la poesía modernista y esto Unamuno no lo podía entender y mucho menos justificar: «Yo no sé por qué parecen haber mostrado tantos poetas americanos una especie de desvío hacia ese rico venero de poesía, el más rico acaso que allí haya. Si lo hubiese conocido Víctor Hugo, ese Víctor Hugo que ha tiranizado tanto tiempo el pensamiento americano! (...)»¹⁸.

¹¹ TORRE, Guillermo de: *Unamuno y la literatura hispanoamericana*, «Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno», cuaderno 11, Salamanca, 1961, p. 15.

¹² UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 7, p. 192.

¹³ ABELLÁN, p. 190.

¹⁴ DARÍO, Rubén: *Obras completas*, Biblioteca «Rubén Darío», Madrid, 1926, volumen 13, p. 160. En otra carta, escrita el 12 de enero de 1902, abunda en este tema. *Ibid.*, vol. 13, pp. 175-177.

¹⁵ UNAMUNO: *Ensayos*, Ed. Aguilar, 1942, vol. 2, pp. 695 y 792, y ABELLÁN, páginas 190, 195 y 196.

¹⁶ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 7, p. 216.

¹⁷ Este gusto por la poesía castiza fue tan manifiesto que incluso sus amigos llegaron a gastar una broma a cuenta de ello. *Ibid.*, vol. 7, pp. 132-134.

¹⁸ *Ibid.*, vol. 2, p. 92.

Aquí aparece uno de los aspectos que más criticó don Miguel a los modernistas: la influencia que el espíritu francés había ejercido sobre ellos. El lugar que para Unamuno debía haber sido ocupado por temas castizos lo era por temas mitológicos, fundamentalmente los griegos. Pero éstos —y aquí otra de las cosas que enervaban a Unamuno— no los tomaban los modernistas del riego, sino de traducciones al francés¹⁹. Además la abundancia de mitología traído el «pseudo-paganismo afrancesado»²⁰, con lo cual la poesía había perdido su religiosidad: «De algo que empezó siendo religioso ha acabado en un mero adorno y aun en algo peor»²¹. Para Unamuno la poesía religiosa es «esa otra poesía íntima, recogida, más que casera, en que el amor es siempre desesperación resignada y renuncia de la dicha en la tierra»²². Por esto, para él, el que una poesía trate temas religiosos no la convierte automáticamente en una poesía religiosa, ni tampoco es necesario el tratamiento de estos temas para que una poesía sea religiosa si, en ella, se refleja algo del conflicto íntimo que significaba para Unamuno la religión. Así se explica que, comentando la poesía «Evangeleida», de Santos Chocano, diga: «Esta poesía es realmente bella y se lee con gran gusto. No es, sin embargo, una poesía religiosa, en ella todo va por fuera, Jesús aparece por de fuera, por de fuera de América»²³.

Como puede verse, gran parte del desprecio que Unamuno sentía por los modernistas le venía de su fobia a lo francés y esto ocasiona artículos tan curiosos como el que escribe cuando reseña el libro *Las sombras de Hellas*, de Leopoldo Díaz. En él dice que Díaz tiene talento, pero luego le trata algo así como a un niño descarriado por personas mayores. Una de ellas era Remy de Gourmont, autor del prólogo del libro, contra el que Unamuno estrella sus ataques²⁴.

Consideraba también Unamuno que, por la mala influencia francesa, la poesía modernista era sensual y no pasional y para él la falta de pasión hacía que no fuera verdadera poesía: «Y para mí la estética es algo inferior, algo que se opone a la poesía. La estética es cosa de la sensibilidad, la poesía cosa de la pasión»²⁵. Además, dentro de lo sensual, incluye Unamuno lo erótico y, como ya vimos en una cita anteriormente mencionada, Unamuno ataca también a los modernistas por el tratamiento de temas eróticos.

Quizás sea este odio a lo francés, parte de cuyo espíritu ve reflejado en el modernismo, lo que le cegó hasta tal punto que —según se desprende

¹⁹ *Ibid.*, vol. 8, p. 236.

²⁰ *Ibid.*, vol. 7, p. 222.

²¹ *Ibid.*, vol. 7, p. 302.

²² *Ibid.*, vol. 7, p. 191.

²³ *Ibid.*, vol. 7, p. 190.

²⁴ FAUCKER, Eleonor: *Unamuno y la poesía hispanoamericana*, «Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno», cuaderno 7, Salamanca, 1956, p. 47.

²⁵ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 5, p. 863.

de sus críticas— sólo vio al modernismo como un ridículo esteticismo²⁶, sin entender realmente lo que, detrás de la búsqueda de la belleza, se esconde en el movimiento modernista. Esto es, no un «impulso de evasión en abstracto», sino una manera de demostrar la repulsa «de los poetas a la sociedad sin ideales en donde les tocaba vivir», y que, por tanto, su pasión por la belleza se debía «a la idea, tan sobriamente expuesta por Keats, de que la belleza es la verdad y la verdad es la belleza»²⁷. Pero, aunque los modernistas no le hubieran recordado lo francés, no hubiera podido ser un entusiasta de este movimiento, porque Unamuno no leía como gozador de literatura, sino como moralista²⁸ y, como tal, pedía al intelectual que no fuera ajeno al pueblo, que tuviera una ética que también se expresara en la obra y que fuera patriótico, en el sentido que a esta palabra le daban los de la Generación del 98.

Además la poesía modernista, tal como él la entendía, chocaba de plano con sus ideas sobre poesía. Estas están expresadas varias veces, tanto en su poesía como en su prosa²⁹, como por ejemplo, en el poema «Denso, Denso»:

«... Dinos en pocas palabras
y sin dejar el sendero,
lo más que decir se pueda,
denso, denso.
Con la hebra recia del ritmo
ebrosos queden tus versos
sin grasa, con carne prieta
denso, denso».

Para Unamuno la forma debía estar subordinada al contenido, de ahí sus continuos ataques a la manera modernista de hacer poesía, a su musicalidad³⁰. Como muestra baste la siguiente cita: «¿Y por qué tienen los oídos embotados con cerumen juglaresco? Porque la poesía, la verdadera poesía, no les dice nada, no les habla al alma. Han hecho de lengua una voluptuosidad muelle, una porquería acústica para degenerados y no generados aún, le han quitado su máscara hermosura de desnudez, porque carecen de palabra interior. Sólo le suena bien lo que les adornece. Un estilo despierto,

²⁶ Uno de los lemas que circulaban por aquel tiempo era: «Sacrificar un mundo para pulir un verso». SIEBENMANN, Gustav: *Los estilos poéticos en España desde 1900*, Ed. Gredos, Madrid, 1973, p. 81.

²⁷ GULLÓN, Ricardo: *Esteticismo y modernismo* «Cuadernos hispanoamericanos», Madrid, agosto-septiembre, 1967, núms. 212-213, pp. 373 y 374.

²⁸ MONTESINOS, José F.: *Estudios y ensayos de literatura española*, Méjico, 1959 p. 207.

²⁹ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 13, pp. 200 y 202, vol. 14, p. 654, vol. 15, pp. 30 y 31, y UNAMUNO, Miguel de: *Poesía y Arte*, "Nuevo Mercurio", París, enero, 1907, núm. 1, pp. 11 a 15.

³⁰ Algunas de ellas pueden encontrarse en: *Ibid.*, vol. 5, pp. 116-118, 830-832, 863 y 865, vol. 7, pp. 129, 190 y 222, y vol. XI, pp. 822 y 823.

punzante, vivo, hablado, gritado, ... es decir, un estilo les hiera»³¹. Pero no sólo es esto lo que Unamuno criticó a los modernistas. En 1907 publicó un artículo titulado «El Modernismo» en el cual se resumen muchas de sus ideas en contra de este movimiento. Uno de los párrafos más duros es en el que los acusa de falsedad, salvando sólo a unos pocos, «los que de veras sentían lo que expresaban (y que) han seguido fieles a su mocedad»³².

Otro aspecto de su crítica se centra en el hecho de que Unamuno está en contra de todas las escuelas literarias, sean del tipo que sean, pues, para él, someterse a una escuela es como meter el pensamiento en «una camisa de fuerza»³³. Por esta razón en el prólogo al libro *Los poemas de la serenidad* vuelve a atacarlos: «(...) se han conchabado para trazar las reglas del oficio, del menester de juglaría»³⁴.

A pesar de la aversión que Unamuno sentía por el modernismo, le reconoce su gran aporte a la cultura³⁵. Tampoco suele atacar a sus representantes concretos, sino a la escuela en abstracto³⁶, excepto en sus cartas, donde aparecen reseñas personales. Conociendo las ideas que sobre la crítica tenía Unamuno se puede entender por qué, aunque la obra no le agrada, generalmente no se muestra muy duro con el criticado. Sin embargo, leyendo entre líneas se pueden encontrar sus discrepancias. Como en el prólogo que escribe para el libro *Alma americana*, de José Santos Chocano. En él compara la sensación que tiene al leer un verso más brillante que el resto de la poesía con el estremecimiento que se siente cuando se va en un carro y la rueda pisa un pedrusco. En el resto del prólogo se pueden encontrar algunas otras muestras³⁷ y, para terminarlo, como no se le ocurra otra cosa buena que decir, escribe que Chocano es ambicioso y que la ambición es el camino de la gloria³⁸.

Sin embargo, Unamuno, a pesar de su aversión al modernismo, llegó a darse cuenta de quiénes eran los más importantes poetas dentro de este movimiento. Su falta de sensibilidad para algunos poemas sudamericanos la atribuye, algunas veces, a los sentimientos tan distintos que tiene que producir el vivir en un ambiente tan diferente al suyo³⁹. En cierto modo se pueden disculpar muchos de sus ataques, porque el modernismo fue también una moda y abundaron los que se llamaban modernistas, y no eran

³¹ *Ibid.*, vol. 7, pp. 303 y 304.

³² *Ibid.*, vol. 5, p. 868.

³³ UNAMUNO: *Ensayos*, Ed. Aguilar, vol. 1, p. 328.

³⁴ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 7, p. 303.

³⁵ *Ibid.*, vol. 8, p. 379.

³⁶ Aunque a veces utiliza al criticado como disculpa para hacer una crítica general a la escuela, pues sabe que «las censuras en abstracto» son de «poca eficacia». *Ibid.*, vol. 4, pp. 756 y 757.

³⁷ Por lo que se puede entender que Chocano, en la 2.ª edición de su libro, no incluyera este prólogo.

³⁸ *Ibid.*, vol. 7, p. 196.

³⁹ *Ibid.*, vol. 7, pp. 220 y 221.

más que imitadores aficionados, sin rastro de calidad. Hay que aclarar también que su odio a lo francés no era indiscriminado: «Y el mismo Darío, justo es decirlo, no conoció bien esa Francia más íntima, más recogida, con raíces más allá del siglo XVIII y muy fuera de Versalles (...). Esta Francia de los franceses ha sido muy poco conocida aquí. Y contra la otra visión, la del cosmopolitismo parisiense —o el parisienismo cosmopolita—, peleé toda mi vida. En tal sentido fui y soy decidido antiafrancesado. No ocultando tampoco mi escasa simpatía por el llamado neoclasicismo-francés»⁴⁰.

RUBÉN DARÍO Y UNAMUNO

Relaciones personales

Para poder entender la crítica de Unamuno a Rubén Darío, conviene conocer, al menos escuetamente, sus relaciones personales, por lo que incluimos este pequeño resumen, tratamientos más amplios del tema se pueden encontrar en algunos de los artículos reseñados en las citas finales.

En el año 1898 Unamuno publica en un periódico de Madrid un artículo titulado «Muera Don Quijote». Contesta Darío, el 12 de febrero de 1899, con otro en el que dice que Don Quijote debe vivir. En este mismo año Darío, comentando un libro de Maeztu, para una revista sudamericana, dice que en España hay algunos «diamantes intelectuales», y, entre ellos, cita a Unamuno. Este escribe a un amigo común para pedirle la dirección de Darío y poder agradecerle este comentario⁴¹. Lo hace, y en la carta anuncia a Darío que va a escribir un artículo sobre literatura hispanoamericana. El artículo, donde comenta «La Maldonada, costumbres criollas», aparece en 1899 en *La Epoca*. En él critica Unamuno la influencia de París en ciertos escritores sudamericanos. Darío le contesta, en un artículo publicado en *Vida Nueva*, diciéndole que los escritores sudamericanos han tenido la necesidad de ser cosmopolitas por su afán de cultura.

Este mismo año, antes de este último incidente, ya se habían conocido personalmente en Madrid. Además, Rubén Darío conocía algunos artículos sobre la reforma universitaria, *Paz en la guerra*, los ensayos que luego formarían *En torno al casticismo* y algunos poemas, pues de ellos hizo comentarios en *La España contemporánea* y Unamuno los trabajos de Darío en *La Nación*, de Buenos Aires, pues era lector, desde hacía tiempo, de este periódico.

A partir de 1899 hasta 1909 intercambian correspondencia, unas veces intensamente, pasando otras más de un año sin escribirse. En la carta del

⁴⁰ *Ibid.*, vol. 8, p. 538.

⁴¹ CHAVES, Julio César: *Unamuno y América*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1970, p. 142.

16 de abril de 1899 Unamuno dice a Darío que le ha gustado la crítica, que de sus opiniones, ha hecho en la revista *Vida Nueva*. También le dice que siempre le pasa lo mismo: «(...) doy la razón a los que rebaten algún aserto mío»⁴² y que lo que menos desea es que los demás piensen como él, pues, si esto ocurriese, se sentiría solo⁴³.

En un artículo ,escrito el mismo día para *La Nación*, dice Darío que Unamuno es un gran humanista, que ha criticado con gran talento la literatura gauchesca, pero que «no conoce nuestro pensamiento militante, nuestro actual movimiento y producción intelectual»⁴⁴.

El 19 de mayo de 1899 Unamuno escribe un artículo titulado «Sobre la literatura hispanoamericana», dedicado a Rubén Darío, en el que dice: «En lo mejor que de usted, amigo Darío, conozco, se ve a un hombre que quiere decir cosas que ni en castellano se han dicho ni pueden en el castellano de hoy decirse (...)»⁴⁵. Al poco tiempo publica Unamuno en *El Sol del Domingo* otro artículo en el que dice que Rubén Darío se queja de que París no haga caso a los literatos hispanoamericanos. Rubén escribe a Unamuno diciéndole que ha malinterpretado sus palabras y le pide, indirectamente, que rectifique. La rectificación aparece en el mismo periódico el 8 de julio de 1899, y en ella Unamuno dice que no le gusta ser injusto y que, aunque, a primera vista parece «un exótico en todo terruño», Darío es mucho más castizo y mucho más humano que la mayoría de los escritores sudamericanos y por eso es más universal⁴⁶.

En noviembre de este mismo año, Rubén le propone a Unamuno escribir regularmente para *La Nación*. En 1900 tiene lugar un pequeño incidente. Unamuno, que conocía el comentario que Darío había hecho de sus versos, escribió a éste, refiriéndose al nuevo libro que preparaba: «No creo que estos poemitas pequen de demasiado sólidos, como otras cosas mías»⁴⁷. En julio de 1901 aparece la crítica de Unamuno a *La España contemporánea*, de Rubén Darío. Es cautelosa, sin grandes alabanzas, pero el único defecto que señala Unamuno es que Darío es esencialmente urbano y que, por lo tanto, el capítulo dedicado al campo es el más flojo⁴⁸.

En cierta ocasión dijo Unamuno a un amigo que a Rubén Darío se le veían las plumas de indio por debajo del sombrero. Don Miguel quiso con-

⁴² RUBÉN DARÍO: *Obras completas*, vol. 13, p. 165. Años más tarde escribió Unamuno que Darío era demasiado comprensivo y que él no se entendía muy bien con esas personas, que prefería a los fanáticos. UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, página 532.

⁴³ Con razón decía «Azorín» que «Unamuno era un hombre contra algo». *La Generación del 98*, Salamanca, 1961, Ed. Anaya, p. 78.

⁴⁴ RUBÉN DARÍO: *Obras completas*, vol. 3, p. 154.

⁴⁵ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, p. 79.

⁴⁶ *Ibid.*, vol. 8, pp. 83-88.

⁴⁷ RUBÉN DARÍO: *Obras completas*, vol. 3, p. 200, y vol. 13, p. 173.

⁴⁸ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, pp. 120-122.

vencernos más tarde de que se refería a que, a pesar de la capa de cultura francesa que tenía encima, Darío seguía sintiendo en americano, y, en tal sentido esta frase, aunque mordaz, era casi una alabanza: «Del más discutido, más execrado y más ensalzado de los poetas tropicales americanos dije yo una vez, con malicioso contentamiento de cuantos me oían, que se le vislumbraban las plumas bajo el sombrero. Y es lo mejor que tiene, esas plumas...». «S le rasca un poco el barniz parisiense y aparece el salvaje, el indio, el negro, tal vez el zambo», me decían de otro. Y yo contesté: «pues es lo mejor que tiene, el salvaje y el brillo especial del barniz le proviene del salvaje que está dentro»⁴⁹. Pero Rubén Darío era muy susceptible a estos temas y cuando llegó a sus oídos este comentario escribió a Unamuno: «Ante todo, para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo». Más adelante dice que reconoce en Unamuno «una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo». También le dice: «Yo nunca diría que usted había sido "tomado en serio" en ningún momento de su carrera humana, (...)»⁵⁰. Además le recuerda que él había sido uno de los pocos que habían visto en Unamuno al poeta. Le pide también alguna palabra de benevolencia «para (sus) esfuerzos de cultura» y termina la carta diciendo: «Sea, pues, justo y bueno»⁵¹. La respuesta de Unamuno no se hace esperar, y explica muchas cosas: «Su carta la tomo como lección y la acepto. Y le añado que tiene usted razón». También le habla de su carácter: «Con los años se va encorvando dentro de mí el inquisidor calvinista, descontentadizo y áspero, que siempre he llevado en lo más íntimo». Más adelante le deja entrever que le gustaría escribir sobre Darío una crítica semejante a las que Darío había hecho de él, pero también que no le resultaría fácil hacerlo: «Yo quisiera escribir con sosiego sobre usted y su obra, y muy en especial sobre su influencia, que es indudable ha sido enorme, en las letras hispanoamericanas y españolas. Me armaría para ello de toda mi serenidad procurando hacer algo doctrinal y a la vez poético». Y concluye la carta diciendo: «Yo estimo en más que usted pueda creer su genio poético —aun siendo él tan contrario a muchas de mis aficciones—, pero acaso estimo más aún su ca-

⁴⁹ *Ibid.*, vol. 8, p. 392. También en una de las cartas a Rubén Darío le habla de este tema: «Enorgullecácase usted de Nicaragua, así como ella, estoy seguro, se enorgullecerá de usted. Las plumas debajo del sombrero —esas plumas del chisme malicioso con que le fue la alcahuetería literatesca— le habrán de florecer». GARCÍA BLANCO, Manuel: *América y Unamuno*, Ed. Gredos, Madrid, 1964, p. 65.

⁵⁰ En un artículo publicado poco antes de que Rubén escribiera esta carta, Unamuno había dicho: «El que Rubén Darío haya concluido por conquistar el respeto y la consideración de los más y los mejores, y el que, aun disintiendo de su estética, y hasta deplorando no pocas de sus cosas, se le tome ya en serio, es una de las más nobles conquistas. Y así su labor vendrá a resultar una labor pedagógica y aunque su obra literaria no quedase, quedaría siempre su figura. UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, p. 380.

⁵¹ RUBÉN DARÍO: *Obras completas*, vol. 13, pp. 34 y 35.

rácter, aunque, bien mirado, de éste fluye aquél. En fin, que no sé bien lo que me digo»⁵². Como puede verse, la carta refleja todo el conflicto íntimo de Unamuno, que por una parte aprecia a Darío y por otra odia lo que Darío simboliza. A pesar de esto, o quizá precisamente por esto, esta carta contentó a Rubén Darío, pues, en la que le escribe el 9 de octubre de 1907, dice: «Mucho me satisfizo su gentil carta del 26 del pasado. Creo que con quince días pasados con usted estaríamos completamente de acuerdo en todo». Además le adelanta que ha leído y ha gustado de su libro de poesías y que va a escribir un artículo para decir lo que nadie, hasta entonces, había dicho de él⁵³. El trabajo aparece en *La Nación*, en 1909, y es una auténtica y sentida alabanza a la obra poética de don Miguel, en la que demuestra conocerlo bastante bien.

Crítica de Unamuno a Rubén Darío

La crítica de Unamuno a Rubén Darío fue indirecta —salvo en cartas, como veremos más adelante— y, si Darío le pidió justicia, no fue porque se sintiera criticado, sino porque se sentía infravalorado e incluso ignorado. Por eso en la carta, anteriormente mencionada, en la que Rubén le recordaba la alusión al indio que había en él, Darío utiliza este incidente más que nada como punto de partida para desahogarse y pedir a Unamuno que deje su obstinado silencio y que reconozca todo su valor, pues Darío sentía que el silencio de Unamuno era una crítica, ya que en la carta del 19 de mayo de 1899 don Miguel le había escrito: «A mi juicio, la censura debe reducirse al silencio. Es lo noble»⁵⁴.

Unamuno no quería herir, en público al menos, a Darío. En la crítica a *La España contemporánea* nos dice que cuando conoce a una persona y ésta es amable con él, le es prácticamente imposible criticarla. Unamuno sabía que, en lo de París y en cuestiones estéticas, no se iban a entender⁵⁵, por eso, cuando habla de la influencia francesa, en Darío, la disminuye muchísimo y también huye el hablar de poesía modernista y de Rubén al mismo tiempo. Quizás sea esta una de las razones por las que Unamuno escogió *La España contemporánea* para criticar públicamente la obra de Rubén Darío: Como don Miguel tenía una sección fija sobre literatura hispanoamericana en el periódico *La Lectura* y Darío era uno de los más importantes, si no el más importante, poetas hispanoamericanos, más pronto o más tarde, tendría que hablar de él. Sobre poesía, como ya dijimos, le hubiera resultado difícil hacerlo sin herirlo, pues, hasta entonces, la obra poética de Darío —todavía no habían aparecido «Cantos de Vida y Esperanza» ni las obras

⁵² GARCÍA BLANCO: *América y Unamuno*, pp. 62 y 63.

⁵³ RUBÉN DARÍO: *Obras completas*, vol. 13, p. 36.

⁵⁴ *Ibid.*, vol. 13, p. 166.

⁵⁵ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, p. 187.

posteriores— no tenían mucho en común con la idea que de poesía tenía Unamuno.

Por este afán de no herir nos encontramos con que en tres opiniones escritas el mismo año sobre *La España contemporánea*, aparecen tres críticas diferentes: En la carta escrita a Rubén le dice que la obra es interesantísima, sin ninguna nota negativa, en la reseña que para *La Lectura* hizo de la obra ya le encuentra algún leve defecto, y en una carta escrita a un amigo dice que es superficial⁵⁶. De hecho no existen contradicciones, sino, más bien, omisiones. Otro caso semejante ocurre con el artículo, ya citado, en el que Unamuno dice a Darío que intenta decir cosas que en castellano no se han dicho aún, así expresado, no es una crítica. Sin embargo, en una carta a un amigo lo dice en otras palabras: «(...) al querer expresar lo inexplicable balbucea»⁵⁷. Otra diferencia en los juicios puede apreciarse en una carta que Unamuno escribe a Darío y en otra que escribe a otro amigo. En la primera le dice que aprecia en él «el esfuerzo por renovarse de continuo», que es «de los de mente extensa y hospitalaria»⁵⁸, sin embargo, en la otra ya no se ve su mente tan extensa: «carece de toda cultura que no sea exclusivamente literaria»⁵⁹.

Unamuno intentó «entender» a Darío: En una carta a Ricardo Rojas le dice que espera que él le convenza «de que hay poesía en las caramilladas artificiosas del nicaraguense» y más adelante dice que sus versos le parecen «terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecniquerías»⁶⁰. Unamuno mismo reconoce que, antes de 1901, no conocía mucho de la obra poética de Rubén, porque no le interesaba, al ver lo que de él le «recitaban los que decían admirarle más»⁶¹. Pero más tarde conoció al hombre y éste le llevó al poeta, y en el poeta de «Cantos de Vida y Esperanzas» y obras posteriores encontró analogías con sus ideas: ¡Ya le hablaba de América, como él le había pedido!⁶², y también trataba «Temas eternos». Sin embargo, no le dedica, en vida de Rubén, una buena crítica como éste había hecho respecto a su poesía. En la única ocasión, antes de la muerte de Darío, en la que lo llama «excelso poeta», puntualiza bastante su opinión: «Acaso a Rubén Darío para ser aún más excelso poeta que es, para llegar a ser el genio lírico de los pueblos de habla española, le ha faltado pasión, entusiasmos políticos o religiosos, un fanatismo de cualquier clase, la flaqueza del hombre social en él ha perjudicado al poeta. Su exceso de cosmopolitismo le ha impedido hacerse más universal... ¿Si Darío no ha

⁵⁶ UNAMUNO: *Ensayos*, vol. 2, p. 18.

⁵⁷ *Ibid.*, vol. 2, p. 17.

⁵⁸ RUBÉN DARIO: *Obras completas*, vol. 13, p. 168.

⁵⁹ UNAMUNO: *Ensayos*, vol. 2, p. 17.

⁶⁰ ROJAS, Ricardo: *Retablo Español*, Ed. Losada. Buenos Aires, p. 330.

⁶¹ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8.

⁶² *Ibid.*, vol. 8, p. 82.

sentido Nicaragua, como iba a sentir Versalles? Y, a pesar de esto, es un excelso poeta»⁶³.

Responder a por qué Unamuno ignoró la obra poética de Darío, en vida de éste, es una tarea difícil. Unamuno mismo nos dice: «Qué sé yo...!, ¡qué se yo...! Es decir, no quiero saberlo»⁶⁴. Quizás fue por orgullo, por no dar su brazo a torzer. En esto debía pensar Valle-Inclán cuando dijo: «No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales, y Unamuno tiene todos los pecados del Ángel, que son mortales»⁶⁵. Para alabar a Darío —y al mismo tiempo no dar su brazo a torzer— Unamuno tenía que sacarlo, a su manera, del influjo francés y de la moda del modernismo y, si hubiera estado vivo, Darío lo habría contestado, como en otras ocasiones, con otro artículo rebatiendo que él careciera de influencia francesa y las ideas de Unamuno sobre el modernismo⁶⁶.

Pero la muerte de Rubén impresionó profundamente a Unamuno y rectificó públicamente su opinión. Lo hizo en dos artículos titulados: ¡Hay que ser justo y bueno, Rubén! y «De la correspondencia de Rubén Darío», en los que desbordó la generosidad regateada durante tantos años. El primero de ellos es quizás el más sentido: «Nadie como él nos tocó en ciertas fibras: nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra, nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban en la enramada los ruiseñores indígenas». Más adelante dice: «Y yo, oyendo aquél canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso mis propias congojas y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y para mejor ensayarme me soterré donde no oyera y a los demás», y termina diciendo: «Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: este tu huraño y hermético amigo que debe ser justo y debe ser bueno contigo y los demás, te debía palabras no de benevolencia, de admiración y de generosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra,

⁶³ GARCÍA BLANCO, Manuel: *Don Miguel de Unamuno y sus poetas*, Salamanca, 1954, p. 117.

⁶⁴ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, p. 522.

⁶⁵ VAQUERO, Gastón: *La América de Unamuno*, «Punta Europa», agosto, 1964, vol. 16, p. 109.

⁶⁶ En 1901 Unamuno escribió un prólogo para *Paisajes parisienses*, de Manuel Ugarte, en el que criticaba la influencia que Francia había ejercido sobre este autor. En 1903 publicó Ugarte un nuevo libro *Crónicas del bulevar*, y esta vez el prólogo era de Darío, muy posiblemente a petición del mismo Rubén, por lo que se desprende de la carta que Darío había escrito a don Miguel, en la que dice que probablemente contestará públicamente a su prólogo a *Paisajes parisienses*. En el prólogo a *Crónicas del bulevar*, Rubén rebate con dureza, e incluso con sarcasmo las afirmaciones que en primero de los prólogos había hecho Unamuno.

lo que —más vale no pensar por qué— no dije cuando podías oírlo⁶⁷. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí «Hay que ser justo y bueno, Rubén»⁶⁸.

Y, ahora que Darío no podía contestarle lo unamunizó: dijo que no era afrancesado, que su estilo le venía de Góngora, que era profundamente castizo y que su gran influencia en la joven generación de poetas españoles se debía a que enlazaba con lo más venerable de nuestra tradición, porque «Darío estaba cerca del espíritu de los poetas de nuestro cancionero del siglo xv y del xvi. Tenía mucho de un primitivo español. Mucho más que él lo creyera. Y lo creía»⁶⁹.

Unamuno después de la muerte de Rubén, siguió recordándolo, aunque, cuando ambos vivían, había existido siempre entre los dos «una cristalina muralla de hielo»⁷⁰. Así se explica que, a los pocos meses de la muerte de Rubén, en una visita a Mallorca, a la Cartuja de Valdemosa, se paseara por las mismas habitaciones en las que Darío había estado reponiéndose de su enfermedad y al hacerlo sintió remordimiento por no haberle dicho lo que sabía que Rubén esperaba y merecía⁷¹, y, sin embargo, Darío le había dado el espaldarazo poético, y esto Unamuno no lo olvidó nunca, pues don Miguel quería ser recordado como un pasional y un poeta⁷².

Miguel Enguñados hace una interesante observación respecto a la posible influencia de Darío en Unamuno⁷³: Escribió don Miguel una poesía fechada el 12 de julio de 1928, titulada «La Narria», que presenta una sorprendente analogía con el «Allá lejos» de «Cantos de Vida y Esperanza». El mismo día escribió Unamuno otra poesía que dice: «Mágico, pájaro regio».

que Rubén en castellano
dijo y no dijo en francés,
con su erre y con sus ges,
esdrújulo americano,
en Nicaragua un arpegio».

El primer verso de esta poesía es prácticamente el mismo que el 23 del poema «Blasón», de Darío, en el que este se refería al símbolo del moder-

⁶⁷ No llegó a escribir esta crítica, aunque en artículos y libros posteriores aparecen frases en las que alaba a Rubén, como por ejemplo, en el artículo titulado *Versos a ojo*. UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 5, pp. 475-477.

⁶⁸ *Ibid.*, vol. 7, pp. 522 y 523.

⁶⁹ *Ibid.*, vol. 1, pp. 768 y 769, vol. 8, p. 535 y vol. XI, pp. 822 y 823.

⁷⁰ *Ibid.*, vol. 8, p. 531.

⁷¹ *Ibid.*, vol. 1, pp. 782 y 783.

⁷² UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 8, p. 520.

⁷³ ENGUÑADOS, Miguel: *Dos poetas paralelos: Miguel de Unamuno y Rubén Darío*, «Cuadernos Hispanoamericanos», septiembre, 1967, núms. 212-213, pp. 440-444. También Rafael Ferreros en el libro titulado *Verlaine y los modernistas españoles* (Ed. Gredos, Madrid, 1975) hace algunas consideraciones sobre la posible influencia que Unamuno haya podido recibir de este movimiento, pp. 114-128.

nismo: el cisne. Con lo que parece factible aventurar que ese día Unamuno había estado recordando a Rubén. Pero hay otro detalle más, del que no habla Enguidanos: del buey que, echando vaho, aparece en la poesía de Rubén. De este buey ya habían hablado Unamuno y Darío, según le recuerda don Miguel en una de sus cartas: «Una vez me contó usted de un buey que vio allá en Nicaragua. Encontrará usted al mismo buey, esfinge de lo eterno, en la misma pradera, y le saludará a usted con los ojos dándole la bienvenida»⁷⁴.

El que Unamuno y Rubén fueran tan diferentes y el tipo de relación que existió entre ellos, quizás permitió a ambos ensancharse con la perspectiva del otro: «Hay rincones de mi espíritu que me quedarán inertes e infecundos, e ignorados para mí mismo, como no me los toque tal o cual semejante que por ellos se relacione conmigo»⁷⁵.

Para entender la actitud de Unamuno frente al modernismo y a Rubén quizás hubiese bastado decir que don Miguel era un idealista apasionado. Tal vez Unamuno se equivocara en parte, cuando dijo que el Quijote se había escrito para que él lo comentara, quizás se escribió para que él lo viviera, al menos en cuanto a caballero andante cuya dama era la poesía. El mismo nos dice: «(...) Habrán de comprender que quien practica el quijotismo quijotice» y por si no quedase claro insiste «¿De qué me serviría predicar a los cuatro vientos el evangelio de Don Quijote, si llegada la ocasión no me metiese en quijoterías por los mismos pasos por que él se metió? Encontrarse él con algo que le pareciese desmán o entuerto y arremeter, era todo uno»⁷⁶. Y el que sus ataques más duros fueran contra aquellas poesías en las que, para él, la forma ahogaba la pasión, también puede explicarse por boca de Don Quijote: «(...) verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor»⁷⁷.

ELKE MEIER

Universidad de Bonn

⁷⁴ GARCÍA BLANCO: *América y Unamuno*, p. 65.

⁷⁵ UNAMUNO-MARAGALL: *Epistolario y escritos complementarios*, Ed. Seminarios y Ediciones, S. A. (colección Hora H), Madrid, 1971, p. 46.

⁷⁶ UNAMUNO: *Obras completas*, vol. 4, p. 754.

⁷⁷ CERVANTES, Miguel de: *El ingenioso hidalgo O. Quijote de la Mancha*, Ed. Clásicos Castalia, Madrid, 1978, p. 283.